# Domingo 32º del Tiempo Ordinario - Ciclo C

## 

## Lectura del segundo libro de los Macabeos (7,1-2.9-14): En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la Ley.  Uno de ellos habló en nombre de los demás: «¿Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres.»  El segundo, estando para morir, dijo: «Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el rey del universo nos resucitará para una vida eterna.»  Después se divertían con el tercero. Invitado a sacar la lengua, lo hizo en seguida, y alargó las manos con gran valor. Y habló dignamente: «De Dios las recibí, y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios.»  El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos. Cuando murió éste, torturaron de modo semejante al cuarto. Y, cuando estaba para morir, dijo: «Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se espera que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida.»

**Samo 16,1.5-6.8.15  
  
R/.** *Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor*  
  
Señor, escucha mi apelación,   
atiende a mis clamores,   
presta oído a mi súplica,   
que en mis labios no hay engaño. **R/.**   
  
Mis pies estuvieron firmes en tus caminos,   
y no vacilaron mis pasos.   
Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;   
inclina el oído y escucha mis palabras. **R/.**  
  
Guárdame como a las niñas de tus ojos,   
a la sombra de tus alas escóndeme.   
Yo con mi apelación vengo a tu presencia,   
y al despertar me saciaré de tu semblante. **R/.**

## Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses (2,16–3,5): Que Jesucristo, nuestro Señor, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza, os consuele internamente y os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas. Por lo demás, hermanos, rezad por nosotros, para que la palabra de Dios siga el avance glorioso que comenzó entre vosotros, y para que nos libre de los hombres perversos y malvados, porque la fe no es de todos. El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del Maligno. Por el Señor, estamos seguros de que ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos enseñado. Que el Señor dirija vuestro corazón, para que améis a Dios y tengáis constancia de Cristo.

**Lectura del santo evangelio según san Lucas (20,27-38):**  
  
En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano. Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.»   
Jesús les contestó: «En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob." No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos.»

**COMENTARIO**

En el Evangelio que hemos leído encontramos una pregunta capciosa de unos que no creen en la resurrección e intentan ridiculizarla. Muchos también hoy aducen supuestas consecuencias imaginarias que la hacen ridícula. Y es que el Señor no quiere para nada tratar de explicar el “modo” de la resurrección, porque somos incapaces de entenderlo. Nos estorba  la imaginación, con la que nos empeñamos en traducirlo todo. Al Padre Eterno le hemos puesto barba por su edad, al Espíritu Santo alas de Paloma y el mejor librado es el Hijo que al fin de cuentas es también hombre. Lo que el Señor nos viene a decir en este evangelio es que dejemos de imaginarnos el COMO y nos quedemos con el hecho de que un día los que hoy estamos aquí nos encontraremos y reconoceremos en  el mundo de los resucitados. La vida que nos espera se sitúa en otra dimensión. Por eso Jesús dice que allí no importa el estar casado o no. No sabemos cómo será, pero sí tenemos la seguridad de que se trata de una Vida Plena. Estaremos en presencia del Padre y gozaremos de su Amor para siempre. Es el destino de nuestra vida. Siempre nos asusta lo desconocido. Ya San Pablo en el escrito más antiguo que tenemos sobre la resurrección, la primera carta a los de Corintios, escrita hacia el año 55, cuenta que algunos le decían: “Y ¿con qué cuerpo resucitaremos?” Y Pablo contesta secamente “Necios!” Si Dios hace surgir una espiga de un grano de trigo enterrado y aparentemente muerto, ¿no podrá hacer salir una nueva vida del cuerpo que enterramos? No, la vida resucitada no será de ninguna forma una reproducción de la vida que aquí vivimos, con todas sus limitaciones y necesidades de comer y beber, de espacio o de tiempo. La vida resucitada será una vida nueva, liberada de todos los condicionamientos de la corporeidad. Está más allá de todo lo que podemos imaginar: San Pablo llega a hablar de un “cuerpo espiritual”, que parece una contradicción; pero quiere decir precisamente esto, una vida “real”, pero sin ninguna  de las limitaciones de nuestra vida de aquí. Creer en la resurrección quiere decir creer que el inevitable trance de la muerte no nos aboca al vacío de una nada total, sino que nos abre a la realización del sentido último de nuestra vida, en comunión con el Dios que nos la dio precisamente por eso. La resurrección de Cristo es primicia y modelo de nuestra resurrección. Creemos que Dios, que no abandonó a su Hijo a la corrupción tampoco no nos abandonará a nosotros a la corrupción de la muerte. “A Dios le dolería la muerte de los que Él ama”, dice con mucha delicadeza uno de los salmos. “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos” nos dice el Evangelio de hoy. Este es el verdadero motivo de nuestra fe en la resurrección. San Agustín expresó muy bien el sentido de nuestro peregrinar por este mundo: "Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que eternamente descanse en Ti".  Un día, una niña enferma de cáncer, habló de la muerte al Dr. Brandao que le atendía. La niña le dijo al doctor: ¿"Verdad que cuando somos pequeños, algunas noches vamos a dormir a la cama de nuestros padres? Pero al día, siguiente, resulta que nos despertamos en nuestra cama. Y es que los padres, cuando nos dormimos, nos cogen en brazos y nos llevan a nuestra habitación. Un día yo también me dormiré, y mi Padre del cielo vendrá a por mí. Y me despertaré en su casa, para vivir una vida autentica y mejor". Es ciertamente así: Si la muerte es capaz de privarnos del don de la vida, el amor de Dios tiene poder para devolvérnosla mejor".